



UNA HIPOTESIS INTRANQUILIZADORA

¡Buenos días! ¡Buenas tardes! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Hola, qué tal! ¡Señor Joaquín, está usted muy mejorado! ¡Vaya, Joaquín, eres todo un tío! Diariamente envuelto en esta retahíla de cortesías, don Joaquín, no haría falta decirlo, gozaba de prestigio entre la gente del pueblo —prestigio indeleblemente asociado a una próspera fortuna, la cual, según la clase social o el grado de intimidad trabado con los de su rango, le ofrecía su deferencia previo escoger del muestrario de urbanidades la más apropiada a su condición.

Don Joaquín, hace falta decirlo, se hacía querer por todos, con su cara siempre presta a la sonrisa, su voz suave y agradable, sus francos saludos y su fábrica, que acogía a un tercio de los trabajadores de la localidad, causa directa del remozamiento de un pueblo que poco a poco recuperaba la alegría y la población de otros días, pues, se dice que en un tiempo, en la plaza del lugar, se concertaban más aves que paisanos a cualquier hora del día.

Era don Joaquín, con toda justicia, el alma de un pueblo renacido y próspero, muy próspero. Tanto, que la mayoría de sus habitantes (siempre habrá una minoría que suspende exámenes, con un nivel económico ínfimo, con una capacidad mental escasísima, lo cual es lógico y normal, una prueba de que mejoramos y a qué ritmo) de la ruina en que se amortajaban con el pueblo habían cobrado, vertiginosamente, el suntuoso y floreciente aspecto que sus casas revelaban. Sin duda la FORTUNA estaba alojada en el